

PARASHÁ VAYISHLAJ (Bereshit 32:3 – 36:43)

ELIMINANDO RAÍCES DE AMARGURA

En esta porción nos encontramos con el episodio de reconciliación entre Yaakov y Esav, y la Escritura nos describe aspectos interesantes a resaltar sobre este acontecimiento. Por ejemplo, a pesar del temor que le causaba a Yaakov volver a ver a su hermano, lo vemos actuar de forma paralela, como un gran estratega a la hora de definir acciones que le ayudarían tanto a obtener el favor de Esav como a precautelar su integridad y la de su familia.

Los actos que realizó Yaakov al enviar regalos y presentarse ante su hermano con actitud de siervo, evidencian su real deseo por arreglar la situación con su hermano, pero ¿será acaso que Esav tenía ese mismo deseo en su corazón?

Algo que pareciera querer dejarnos claro esta porción es que “Esaú es Edom y padre de los edomitas”. Esta idea aparece en los versículos 8, 19 y 43 del capítulo 36. Aquí cabe preguntarse ¿por qué la Escritura lo reitera? ¿Puede el resentimiento de una persona afectar el entorno o comportamiento de los demás? ¿Acaso esto tendría implicaciones futuras?

La historia evidencia que efectivamente los edomitas e israelitas han estado constantemente en conflicto. De hecho, a los israelitas se les dio la orden explícita de no aborrecer a los edomitas (*Devarim 23:7* “**No aborrecerás al edomita, porque es tu hermano...**”).

Un dato curioso es que el conocido Herodes el Grande, era un edomita. De acuerdo a sus datos biográficos, Herodes, valiéndose del dominio que ejercía el imperio romano en aquel entonces, viajó a Roma y presentó al Senado la ruptura interna de los judíos, logrando ser nombrado, por decreto, **Rey de Judea**. Este Rey Herodes fue el que ordenó la matanza de los niños (Mateo 2), pues había oído acerca del nacimiento de Yeshúa y tanto le turbó saber que se referían a Él como el **Rey de los judíos**, que en sus planes consideró desaparecerlo.

Es así como vemos que el odio de los edomitas hacia los judíos, lastimosamente fue la consecuencia de no haberse eliminado de raíz el resentimiento por lo ocurrido con Esav. Si bien es cierto, aunque perdonar no necesariamente es olvidar -pues tenemos una mente que cumple normalmente su función de almacenar información- sí es aprender a dejar que nos afecten situaciones que hemos decidido dejar en el pasado. Perdonar es no volver a señalar a alguien por algo de lo que ya se arrepintió.

Una forma simple de detectar si hemos perdonado genuinamente a alguien es cuando no tenemos problema a la hora de ayudarlo o hacerle bien. Va más allá de simplemente decir “te perdono”, tiene que ver con nuestras acciones más que con nuestras palabras. Si cada vez que tenemos oportunidad, hablamos a otros de lo que alguien nos hizo; si preferimos hablar de los defectos de esa persona en lugar de sus virtudes, si en nuestro corazón deseamos que a esa persona no le vaya bien; probablemente no hemos otorgado un verdadero perdón.

“Procuren la paz con todos, y la santidad sin la cual nadie verá al Señor. Miren bien que ninguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que ninguna raíz de amargura brote y cause estorbo, y que por ella muchos sean contaminados;” Hebreos 12: 14-15